

4º Conversión de Alessandro.

Alessandro fue condenado a 30 años de trabajos forzados. Aparentaba no sentir ningún remordimiento del crimen. Sin embargo, unos años más tarde, Monseñor Blandini, Obispo de la diócesis donde estaba la prisión, decidió visitar al asesino para encaminarlo al arrepentimiento.

Alessandro recibió al obispo refunfuñando, pero ante el recuerdo de María, de su heroico perdón, de la bondad y misericordia de Dios, se dejó tocar por la gracia. Al salir el prelado, empezó a llorar en la soledad de la celda, ante el estupor de los carceleros, que lo consideraban un duro.

Luego María se le apareció en un sueño, vestida de blanco en los jardines del paraíso. Alessandro, muy perplejo, escribió a Monseñor Blandini:

«Lamento sobre todo el crimen que cometí, porque soy consciente de haberle quitado la vida a una pobre niña inocente que, hasta el último momento, quiso salvar su honor, sacrificándose antes que ceder a mi criminal voluntad. Pido perdón a Dios públicamente, y a la pobre familia, por el enorme crimen que cometí. Confío obtener también yo el perdón, como tantos otros en la tierra».

Su sincero arrepentimiento y su buena conducta en el penal le devolvieron la libertad cuatro años antes de que expirase la pena. Después se retiró a un convento de capuchinos, en el que ocupó el puesto de hortelano, mostrando una conducta ejemplar, y fue admitido en la Orden Tercera de San Francisco.

Gracias a su buena disposición, Alessandro fue llamado como testigo en el proceso de beatificación de María. Resultó muy delicado y penoso para él, pero confesó lo siguiente:

«Debo reparar y hacer todo lo que esté a mi alcance para su glorificación. Toda la culpa es mía. Me dejé llevar por la brutal pasión. Ella es una santa, una verdadera mártir. Es una de las primeras en el paraíso, después de lo que tuvo que sufrir por mi causa».

En la Navidad de 1937, Alessandro se dirigió a Corinaldo, lugar donde Assunta Goretti se había retirado con sus hijos. Lo hizo simplemente para reparar y pedir perdón a la madre de su víctima. Nada más llegar ante ella, le preguntó llorando:

–Assunta, ¿puede perdonarme?

–Si María te perdonó –fue la respuesta de la madre–, ¿cómo no voy a perdonarte yo?

Y ese mismo día de Navidad, los habitantes de Corinaldo pudieron ver, sorprendidos y emocionados, cómo se acercaban a la mesa de la Eucaristía, uno junto al otro, Assunta y Alessandro.

Vida de Santa María Goretti, mártir de la pureza

María Goretti nació el 16 de octubre de 1890, en Corinaldo, provincia de Ancona, Italia. Era hija de Luigi Goretti y de Assunta Carlini, siendo la tercera de siete hijos de una familia pobre en bienes terrenales, pero rica en fe y virtudes, cultivadas por medio de la oración en común, del rosario diario y de la Misa y Comunión cada domingo. Al día siguiente de su nacimiento fue bautizada y consagrada a la Virgen. A los seis años recibió el sacramento de la Confirmación.

Después del nacimiento de su cuarto hijo, Luigi Goretti, debido a una dura crisis económica, emigró con su familia a las grandes llanuras de los campos romanos, insalubres en aquella época, y se puso al servicio del conde Mazzoleni. Fue allí donde María mostró claramente una inteligencia y una madurez precoces, en la que no había ninguna pizca de capricho, ni de desobediencia, ni de mentira. Era realmente el ángel de la familia.

Tras un año de trabajo agotador, Luigi contrajo la enfermedad del paludismo, que en diez días lo llevó a la muerte. Por este motivo, Assunta tuvo que ponerse a trabajar, dejando la casa a cargo de sus hijos mayores. María lloraba a menudo la muerte de su padre, y aprovechaba cualquier ocasión para rezar ante su tumba, pidiendo a Dios que le concediese a su padre la gloria del cielo.

A pesar de sus quehaceres, María siguió asistiendo a sus cursos de catecismo. Posteriormente, su madre contó que el rosario le resultaba necesario (de hecho, siempre lo llevaba enrollado alrededor de la muñeca), así como la contemplación del crucifijo, que fue para María la fuente en que se alimentaba de un intenso amor a Dios y un profundo horror al pecado.

1º Amor intenso al Señor.

María, desde muy chica, anhelaba recibir la Sagrada Eucaristía. Según era costumbre en la época, debía esperar hasta los once años. Su madre, ante los pedidos insistentes que le dirigía María para prepararse a la primera Comunión, le contestaba que carecía de dinero para comprarle el vestido, los zapatos y el velo, y que no podía dejarle tomar la comunión como una pequeña ignorante. Mas finalmente, con la ayuda de una persona del lugar, pudo acabar su preparación, y todo el pueblo le proporcionó ropa de comunión. De esta manera, recibió la Comunión el 29 de mayo de 1902.

La comunión constante acrecentó en ella el amor por la pureza y la animó a tomar la resolución de conservar esa angélica virtud a toda costa. Y, efectivamente, esta es la virtud que Dios vendría a pedirle en holocausto.

2º Pureza eterna.

Al entrar al servicio del conde Mazzoleni, Luigi Goretti se había asociado con Giovanni Serenelli y su hijo Alessandro, joven robusto de diecinueve años, grosero y vicioso, al que gustaba leer libros indecentes y empapelar su habitación con imágenes obscenas. Las dos familias vivían en apartamentos separados, pero tenían la cocina en común. Luigi se arrepintió enseguida de aquella unión con los Serenelli, por el peligro que representaba para sus hijos, y en su lecho de muerte no dejaba de decirle a su esposa: «*Assunta, regresa a Corinaldo*». Pero, por desgracia, Assunta estaba endeudada y comprometida por un contrato de arrendamiento.

Desde la muerte de su marido, Assunta siempre estaba en el campo, sin tiempo siquiera para ocuparse de la casa, ni de la instrucción religiosa de los más pequeños. María se encargaba de todo, en la medida de lo posible. Alessandro, a quien le gustaba María, y aprovechando este estado de cosas, comenzó a hacer proposiciones deshonestas a la inocente niña, que al principio no entendía nada; mas luego, al adivinar las intenciones perversas del muchacho, la joven se mantuvo sobre aviso y supo rechazar tanto la adulación como las amenazas. Suplicaba a su madre que no la dejara sola en casa, pero no se atrevía a explicarle claramente las causas de su pánico, pues Alessandro la había amenazado: «¡Si le cuentas algo a tu madre, te mato!».

Su único recurso era la oración. La víspera de su muerte, María volvió a pedirle a su madre, llorando, que no la dejara sola, pero ésta, al no recibir más explicaciones, lo consideró como un capricho, y no le concedió ninguna importancia a aquella reiterada súplica.

El 5 de julio, cerca de la casa, estaba la gente trillando las habas en la tierra. Alessandro llevaba un carro arrastrado por bueyes. Lo hacía girar una y otra vez sobre las habas extendidas en el suelo. Hacia las tres de la tarde, cuando María se hallaba sola en casa, Alessandro le pidió a Assunta:

–¿Me haría el favor de llevar un momento los bueyes por mí?

Sin sospechar nada, Assunta así lo hizo. María, sentada en el umbral de la cocina, remendaba una camisa que Alessandro le había dado después de comer, mientras vigilaba a su hermanita Teresina, que dormía a su lado. Alessandro, imperioso, mandó a María que lo siguiera.

–¿Para qué? Si no me dices lo que quieres, no te sigo –le contestó María.

Ante semejante resistencia, el muchacho la agarró violentamente del brazo y la arrastró hasta la cocina, atrancando la puerta. María gritó, pero el ruido no llegaba hasta fuera. Al no conseguir que la víctima se sometiera, Alessandro la amordazó y esgrimió un puñal. María se puso a temblar, pero no cedió. Furioso,

el joven intentó arrancarle la ropa con violencia, pero María se deshizo de la mordaza gritando:

–*No hagas eso, que es pecado... Irás al infierno.*

Poco cuidadoso del juicio de Dios, el desgraciado levantó el arma y volvió a amenazarla: «*Si no te dejas, te mato*». Como la joven seguía resistiéndose, Alessandro la atravesó a cuchilladas.

–*¡Dios mío! ¡Mamá!* –gritó María, cayendo al suelo.

Creyéndola muerta, el asesino tiró el cuchillo y abrió la puerta para huir, pero, al oírla gemir de nuevo, volvió sobre sus pasos, recogió el arma y la traspasó otra vez de parte a parte; luego subió a encerrarse en su habitación. María recibió catorce heridas graves y quedó inconsciente.

Cuando la gente, al grito de Teresina (que despertó asustada por el ruido), acudió al lugar, se encontró con el horrible espectáculo de María, ya consciente de nuevo, en medio de un charco de sangre.

–*¡Mamá!* –gemía María–. *¡Es Alessandro, que quería hacerme daño!*

Enseguida se llamó al médico y a los guardias, que llegaron a tiempo de impedir que los vecinos, muy excitados, diesen muerte a Alessandro.

3º Sufrimiento redentor.

Al llegar al hospital, los médicos se sorprendieron de que la niña no hubiese sucumbido a sus heridas, pues había sido alcanzado el pericardio, el corazón, el pulmón izquierdo, el diafragma y el intestino. Al diagnosticar que no tenía remedio, llamaron al capellán. María se confesó con toda claridad. Luego, durante dos horas, los médicos la cuidaron sin dormirla.

María no se lamentaba, y no dejaba de rezar y de ofrecer sus sufrimientos, y la terrible sed que le producían sus heridas, a la Santísima Virgen, Madre de los Dolores. Su madre consiguió que la dejaran estar a la cabecera de la cama. El sacerdote también estaba a su lado, asistiéndola paternalmente. Antes de darle la Sagrada Comunión, le preguntó:

–*María, ¿perdonas de todo corazón a tu asesino?*

A lo que ella respondió:

–*Sí, lo perdono por el amor de Jesús, y quiero que él también venga conmigo al paraíso. Quiero que esté a mi lado... Que Dios lo perdone, porque yo ya lo he perdonado.*

Pasando por momentos análogos a los que pasó Nuestro Señor en la Cruz, María recibió la Eucaristía y la Extremaunción, serena, tranquila y humilde en el heroísmo de su victoria. Después de breves momentos, se le oyó decir: «*Papá*». Acto seguido expiraba, entrando en la gloria celestial. Era el día **6 de julio** de 1902, a las tres de la tarde.